

AMICS DEL PAÍS

SOCIETAT ECONÒMICA BARCELONESA
D'AMICS DEL PAÍS -1882-

***EUROPA:
MEMORIA Y POLÍTICA***

————— Shlomo Ben-Ami —————

Conferència pronunciada en l'acte solemne
del lliurament dels Premis Anuals de la SEBAP
celebrat al Saló de Cent de l'Ajuntament de Barcelona

20 de març de 2018

Els textos d'Amics del País

SOCIETAT ECONÒMICA BARCELONESA
D'AMICS DEL PAÍS

***Europa:
memoria y política***

Shlomo Ben-Ami
*Vicepresidente del Centro Internacional
de Toledo para la Paz*

Conferència pronunciada en l'acte solemne
del lliurament dels Premis Anuals de la SEBAP
celebrat al Saló de Cent de l'Ajuntament de Barcelona

20 de març de 2018

Edita: Societat Econòmica Barcelonesa d'Amics del País

Europa, como dijo Denis de Rougemont en 1946, es “*la patrie de la mémoire*”. La Unión Europea es el producto de esa memoria. Debe su existencia a las tristes lecciones de la Primera y Segunda Guerra Mundial. Podría haberlo intentado ya después de la primera, pero sus políticos no tuvieron la visión y la generosidad para hacerlo. En 1919, el insigne economista británico John Maynard Keynes entregó a los líderes reunidos en la conferencia de paz de Versalles un escrito, *The Economic Consequences of the Peace*, en el que prácticamente les suplicaba que no castigasen a Alemania por haber iniciado la guerra y eventualmente perderla. Les aconsejaba, al revés, integrarla.

El patriotismo vengativo, explicaba Keynes, es un mal consejero para eras de paz. Los dilemas de Europa no están, decía, en fronteras y pleitos anacrónicos; están más bien en los temas del empleo, el transporte, el carbón y la energía, y Europa necesitaba domesticar el dinamismo alemán para salir adelante y abrir una era de paz y desarrollo sostenible para el continente.

Pero los políticos y estadistas europeos hicieron oídos sordos a este padre intelectual del New Deal de Roosevelt, y mediante el cual salvó a Estados Unidos de caer en el fascismo y el populismo racista del Padre Coughlin. Fue necesaria otra guerra mundial para que las lecciones de Keynes fueran integradas y aplicadas en los acuerdos de Roma

sobre el carbón y el acero, que es como empezó a nacer la nueva Europa.

Europa se embarcó desde entonces en una trayectoria de respeto a los derechos humanos y de apego a valores de concordia, paz y respeto al derecho internacional. Este viraje de Europa recuerda la definición que hacía el ensayista Mario Andrea Rigoni de Europa como la “dama anciana que después de haberse permitido toda clase de libertades en sus años de juventud... y muchos horrores quisiera, luego de haber llegado a la edad del decoro y después de sentirse fatigada y débil, que el mundo se adaptara a sus necesidades de moderación, equidad y paz”.

En efecto, con frecuencia se critica a Europa por vivir en la fantasía de un mundo “post-histórico” donde el poder militar no importa, los subsidios son suficientes para domesticar a las fuerzas nacionalistas y los líderes globales son caballeros educados y respetuosos de la ley. Los europeos realmente creían que el Gran Juego Estratégico entre Rusia y Occidente se había terminado en 1991.

No obstante, al evitar que el nacionalismo degenerara en un violento narcisismo, Europa supo crear el primer imperio económico-cultural basado en el mayor consenso que la historia haya conocido. Europa proyecta, a pesar de sus crisis casi existenciales de los últimos tiempos, un ejemplo de

que el mundo no puede funcionar durante mucho tiempo al margen de un sistema internacional razonable de normas, valores y leyes.

No nos engañemos: el eurocentrismo y el desmedido orgullo occidental han recibido golpes duros en los últimos años. La crisis de la zona euro ha expuesto las deficiencias de la democracia al abordar emergencias económicas, además de los fallos en la misma concepción de la Unión Europea. En Europa del Este se han consolidado democracias iliberales que parecen indicar el regreso a un oscuro pasado europeo.

El impacto de la Segunda Guerra Mundial ha sido responsable también de la forma en la que Alemania forzó a Europa a gestionar la crisis financiera. La austeridad que fue dictada por Alemania tenía que ver con su paralizante temor a la repetición de la astronómica inflación que llevó a Hitler al poder. La preocupación para muchos europeos durante la crisis era la probabilidad de que Alemania pudiera llegar a exportar al resto de Europa, como consecuencia de la crisis financiera, los fantasmas del nacionalismo violento que el éxito económico alemán hizo que se domesticaran. Pero solo por un tiempo, hasta que surgió el potente partido AfD.

El mismo AfD, me decía mi amigo Joshka Fischer, antiguo ministro de exteriores alemán, representa una continuidad

sorprendente con la historia alemana ya que sus bastiones electorales y zonas de apoyo eran los mismos en los que Hitler y su partido nazi tuvieron su mayor apoyo electoral en 1933, particularmente en el caso de la Baja Sajonia. No es sorprendente que los europeos hoy entiendan que una Alemania económicamente fuerte es vital para el proyecto europeo, aunque sea sólo porque la historia ha demostrado cuán peligrosa puede ser una Alemania infeliz.

Una vez que la crisis se convirtió en una triste realidad cotidiana para millones de desempleados, y para toda una generación perdida de jóvenes, reaparecieron los fantasmas del pasado europeo, el populismo de derechas y de izquierdas, la xenofobia y el racismo y, por qué no decirlo, el fascismo y el neo-nazismo en Alemania, Austria, Grecia y Holanda.

Como concomitante de este tipo de cortocircuito entre líderes y votantes, siempre se encuentran políticas que tienden a reafirmar la identidad étnica, y a hacer surgir sentimientos ultranacionalistas y de intolerancia absoluta. Lo que hemos visto en toda Europa con el surgimiento del populismo en los últimos tiempos es una rebelión de los votantes en contra de la política convencional.

En Europa, esto supone echar la culpa de todos los males a la UE. Además de la búsqueda de culpables, la ideología

populista apela sobre todo a la nostalgia. Para los partidarios del Brexit en el Reino Unido, el mundo sin fronteras, representado por la UE con su compromiso con la globalización, está destruyendo al Estado-nación, que según ellos protegía mejor sus intereses. En la campaña del referendo, hablaban de un pasado en que los empleos duraban toda la vida, uno conocía a sus vecinos y la seguridad estaba garantizada. Que ese pasado haya existido o no les pareció irrelevante.

La Unión Europea nunca aspiró a destruir el Estado-nación o al nacionalismo, sino más bien a convertirlos en plataformas para la cooperación en el continente europeo y más allá. Ahora parecía de nuevo que el nacionalismo se convertía en un factor desestabilizador.

La última vez que las democracias europeas fueron capturadas por movimientos políticos radicales, en los años treinta, la base de apoyo principal de los demagogos fue la vieja clase media baja, cuyos miembros temían quedar desposeídos y arrojados a la pobreza por fuerzas económicas descontroladas. Tras la larga crisis del euro y las penosas medidas de austeridad que siguieron, los populistas tenían en la inmigración el cebo expiatorio. Esta amenaza afectaba tanto al empleo como a la seguridad y a la cohesión cultural.

No nos equivoquemos, abundan motivos reales de disconformidad. Las protestas contra el sistema no son todas inventadas. La austeridad, el alto desempleo juvenil, el déficit democrático de la UE, la hipertrofia de la burocracia de Bruselas y las grandes masas abandonadas por la globalización son realidades que los europeos han conocido en sus propias vidas en los largos años de la crisis financiera.

Pero en vez de concentrarse en hallar soluciones reales, los populistas de hoy con frecuencia suelen apelar a los más bajos instintos de los votantes. En muchos casos anteponen los sentimientos a los hechos, atizan el miedo y el odio y se apoyan en consignas nativistas. Líderes populistas como Nigel Farage, del Partido de la Independencia del Reino Unido, no dudaron en explotar esta angustia cultural y llevaron a los británicos a votar, en última instancia, contra sus propios intereses.

El hecho de que casi todas las regiones británicas que votaron por el Brexit habían recibido cuantiosos subsidios de la UE abona esta interpretación. Lo mismo dicen las circunstancias en Alemania. A pesar de que la llegada el año pasado de un millón de inmigrantes, en su mayoría musulmanes, no perjudicó a la economía (que mantiene el pleno empleo), muchos alemanes siguen rechazando la idea que tiene la canciller Angela Merkel de una nueva Alemania más multicultural.

Europa requiere un nuevo pacto que corrija el creciente déficit democrático de la UE y ponga fin a las contraproducentes políticas de austeridad. En estos días se habla mucho del acoso ruso a las democracias occidentales. El embajador francés en Washington decía el otro día que este acoso representa un peligro para la existencia de las democracias occidentales. Mal asunto, si tan débiles son las democracias europeas, que un autócrata que gobierna un país tan escasamente poblado y con un economía ausente de la globalización y adicta, al igual que Nigeria, al petróleo pueda así de un golpe poner fin a las democracias occidentales. El problema de Europa no está en Moscú, está en casa. Las democracias occidentales se juegan su supervivencia no por los ataques cibernéticos de Putin sino por el *Kurzschluss* (cortocircuito) entre los pueblos y sus gobernantes, por el desprestigio de la democracia en occidente, por los fallos éticos y de gobernanza de la clase política. Que 92 escaños del ADF hayan entrado al Bundestag no ha sido culpa de Putin, al igual que tampoco es culpa suya que 62 millones de americanos votaran por el presidente menos informado en la historia del país. Fíjense en la geografía electoral de Italia y verán que el apoyo al Movimiento Cinco Estrellas se basa fundamentalmente en el cinturón italiano de la pobreza que va de Roma hacia el sur. Es el problema que la historia italiana arrastra desde siempre, el histórico problema del Mezzogiorno.

Para corregir el déficit democrático se necesita también algo más. “Debemos educar a nuestros maestros”, señaló el estadista inglés Robert Lowe en 1867. Para él, un electorado educado era el mejor modo de asegurar una gobernanza participativa en Gran Bretaña.

La democracia occidental parece atrapada en un enigma. El sistema falla cuando los votantes no pueden tomar decisiones informadas. A largo plazo, la solución es educar a los “maestros” y responder a sus preocupaciones con hechos, como Lowe defendió hace un siglo y medio. Dondequiera que se practique la democracia, la falta de información y experiencia de los votantes acaba dando lugar a líderes y políticas que debilitan la democracia misma.

El desafío de los nacionalismos regionales es también un residuo resiliente de la historia europea. El filósofo alemán Jürgen Habermas denominó en cierta ocasión nuestro tiempo “la época de la identidad posnacional”. Inténtese convencer de ello al presidente de Rusia, Vladimir Putin, a los escoceses, a los kurdos, y ya no digo a los palestinos.

El nacionalismo es esencialmente una creación política moderna envuelta en el manto de una historia y recuerdos comunes. Pero como decía Ernest Renan, una nación ha sido con frecuencia un grupo de personas que mienten colectivamente sobre su pasado lejano, un pasado con demasiada fre-

cuencia reescrito para que cuadre con las necesidades del presente. Si el Sansón bíblico fue hebreo, cosa bastante dudosa, pues seguro –dirán los palestinos– que Dalila era palestina, cosa más dudosa aún. En su último discurso en el Consejo de Seguridad de la ONU, el presidente palestino Abbas afirmó que los palestinos son descendientes directos de los... canaanitas. En este mundo de los nacionalismos lo único que es difícil de predecir es el pasado, no el futuro.

La ventaja de Europa es que, a diferencia de las dictaduras, las democracias están mejor equipadas para dar cabida a la diversidad étnica y religiosa sin necesidad de llegar hasta la secesión. Como vimos en Yugoslavia, una sociedad multiétnica o multireligiosa controlada y subyugada por un régimen autoritario puede ser la receta para la eventual voladura del Estado.

Las democracias han mostrado que pueden conciliar la diversidad multiétnica y multilingüe con la unidad política general. Mientras haya grupos particulares dispuestos a abandonar la política de secesión y abrazar lo que Habermas llamó “patriotismo constitucional”, se puede descentralizar la adopción de decisiones políticas.

Piénsese en la anexión por Italia del Tirol meridional, región de habla predominantemente alemana. Se adoptó esa decisión en la Conferencia de Paz de Versalles después

de la Primera Guerra Mundial sin ni siquiera consultar a la población, el noventa por ciento de la cual era de habla alemana. Sin embargo, actualmente el Tirol meridional goza de una amplia autonomía, incluida una plena libertad cultural y un régimen fiscal que deja el 90 por ciento de los ingresos tributarios en la región. La pacífica coexistencia bilingüe de los habitantes de esa provincia puede ser una lección tanto para los gobiernos centrales rígidos, pues también ellos deben compartir la culpa y la responsabilidad por la crisis de los nacionalismos regionales, como para los movimientos secesionistas carentes de realismo de otras partes.

Aunque el deseo de los venecianos de separarse del sur más pobre podría parecer familiar a otras regiones de Europa que se sienten agraviadas por tener que subvencionar a otras regiones supuestamente incompetentes, se puede llevar la política de secesión hasta extremos absurdos. Pues si se quedan en la UE tendrán que subvencionar a rumanos y búlgaros, ¿o no?

Cuando el historiador Ernest Renan soñó con una Confederación Europea que superara el Estado-nación no podía imaginar aún el problema planteado por microestados y para-estados. Creía que “el hombre no es un esclavo ni de su raza ni de su lengua ni de su religión ni del curso de los ríos ni de la dirección seguida por las cadenas montañosas”. Puede ser, pero aún no se ha demostrado.

El caso de Escocia, Quebec y Cataluña es la paradoja de naciones no oprimidas que exigen al mismo tiempo separarse del gobierno central. El líder escocés, Alex Salmond, lo definía como un nacionalismo tecnocrático ya que Escocia, decía él mismo, “no está oprimida y no necesitamos ser liberados”. Los grupos nacionalistas en las democracias occidentales no son pueblos subyugados. El suyo es un nacionalismo de pueblos libres y liberados, que puede esperar los acuerdos de traspasos de competencias más generosos posibles para proteger sus legados singulares y abordar sus reivindicaciones. Eso sí, siempre y cuando los gobiernos centrales tengan una actitud creativa y generosa.

Estos nacionalismos suelen, con frecuencia, caer en promesas totalmente irreales. Los partidarios del “sí” en Escocia hablaban de una Escocia que tendría lo mejor de todos los mundos, una independencia a la carta: independencia con adhesión a la Unión Europea y a la OTAN, una unión monetaria con Inglaterra, pero no una unión fiscal, mejores servicios públicos y prestaciones sociales e impuestos menores.

Históricamente, independencias nacionales suelen ser el resultado de procesos de descolonización violentos, incluso de cataclismos. Los nuevos Estados nacen casi invariablemente en un contexto de sangre, sacrificio y privaciones. En el caso de la ex antigua Yugoslavia, los estados indepen-

dientes surgieron de una guerra civil que incluyó el genocidio. Las naciones esclavizadas también recuperan la soberanía cuando falla el Estado central o se derrumban los imperios. Las rupturas amistosas, como la de Checoslovaquia, o la que separó a Noruega y Suecia, por muy loables que sean, son una rareza histórica.

Algunos de los intentos separatistas en Europa reflejan con frecuencia extravagantes sueños de grandeza y una actitud soberbia hacia los supuestamente inferiores ciudadanos de otras regiones. Ese es el caso de la Lega Norte y la República del Véneto en Italia, para poner un ejemplo. Esas élites deberían preguntarse ahora si sus partidarios de clase media serán capaces de soportar lo que ya se vio en Escocia y Quebec, bloqueos, fuga masiva de capitales, caída del nivel de vida y enemistad simultánea con el Estado central y con Europa. En Italia, fue el pobre y abandonado Sur el que mantuvo el espíritu de libertad y desobediencia a lo largo de los años oscuros del fascismo cuyo corazón social residía en ese mismo Norte que quiere hoy separarse de Italia.

Con razón los kurdos en Irak basan su reclamo de independencia en el argumento de que el iraquí es un estado opresivo en descomposición. Pero ninguna de las naciones regionales europeas son oprimidas ni sus estados centrales son estados fallidos o estados ocupantes al estilo de Israel

en Palestina. Y ni eso ha llevado a esos pueblos infelices y oprimidos a la independencia.

Se da también el caso de que históricamente las naciones llegan cohesionadas a la independencia. La lucha por la independencia suele ganarse por el pulso de una nación unida en torno a un sueño colectivo, con una visión coherente tanto del pasado como del futuro por el que lucha. Este no es el caso de ninguna de las naciones regionales en Europa. Divisiones internas igualmente profundas frustraron el intento independentista de Quebec (y el de Escocia también). Hasta los líderes confederados, en tiempos de la guerra civil estadounidense, comprendieron que sin un pueblo plenamente unido detrás del reclamo independentista, su república esclavista estaba condenada.

A Europa le persigue su pasado en muchos otros sentidos. Ortega –recuerden su discurso en los escombros de Berlín en 1947 (lo tituló *De Europa Meditatio Quaedam*)– abogaba por una Europa unida a la que definió como el continente del hombre gótico. Lo que venía a decir era que Europa no es Estados Unidos, el crisol por excelencia de todas las diásporas del mundo. Europa no ha sido un continente de inmigrantes. Y eso algo tendrá que ver con la crisis ética a la que se enfrenta hoy el continente en el tema de la inmigración.

Europa es también un continente cristiano. Recuerdo mis conversaciones con Anna Lindh, la ministra de asuntos exteriores de Suecia, en los primeros años del milenio. Anna era una progresista químicamente pura que luchaba por la integración de Turquía en la Unión Europea; y yo no paraba de insistirle en que eso no ocurriría por la simple razón que Europa es un continente cuya identidad cristiana se consolidó precisamente en su lucha contra el Islam en el siglo octavo y más tarde con el Imperio Otomano. No en vano, el premio anual que la Unión Europea concede a la persona que ha contribuido a la idea de Europa lleva el nombre de Carlomagno, el fundador del imperio cristiano medieval. Sobre ese mismo imperio escribió el insigne medievalista belga, Henry Pirenne, su famosa obra *Mohammed et Charlemagne*. La Europa cristiana, decía Pirenne, nace con el freno a la expansión musulmana. Tampoco es nada accidental que fuesen tres estadistas católicos quienes pusieron en 1953 los cimientos de lo que más tarde sería la Unión Europea –Konrad Adenauer, Schuman, de Gasperi.

También arrastra Europa el complejo colonial. Atrapada entre, por una parte, sus profundos remordimientos éticos hacia la cuestión palestina y, por otra parte, su complejo de culpabilidad con los Judíos por el Holocausto, Europa acaba paralizada en su capacidad de contribuir de manera eficaz a la solución del problema palestino.

El complejo colonial está íntimamente ligado al desafío migratorio que ha dividido tan profundamente a los europeos. No sólo no son capaces de respetar las modestas cuotas que se han planteado, sino que aunque las apliquen no estarán haciendo ni un ínfimo porcentaje de lo que están haciendo los países del tercer mundo, ya que la abrumadora mayoría de los inmigrantes se trasladan dentro del mismo tercer mundo, no se desplazan hacia el primero. En la India hay hoy más de 20 millones de bangladeshies; en Costa de Marfil, un millón de inmigrantes de Burkina Faso; en el Líbano y Jordania millones de sirios. Para ahorrarse el problema, la Unión Europea soborna, ya que esta política no puede tener otro nombre, a Turquía con casi tres millones de euros anuales, lo que convierte a Europa en el rehén del errático presidente Erdogan. Para presionar o castigar a Europa abre y cierra el grifo de la inmigración siria a su antojo.

Dos son los modelos de integración social de las migraciones musulmanas una vez establecidas en suelo europeo que se han desarrollado, y ninguno de ellos está libre de fallos. Ni el principio multicultural (respeto a la “diversidad cultural en una atmósfera de tolerancia mutua”, como lo formuló el ministro laborista británico Roy Jenkins en 1966) ni la indiferencia oficial con las identidades religiosas (como en Francia, donde el Estado, como dijo el historiador del siglo XIX Jules Michelet, “ocupa el lugar de Dios”) ha funcionado

como se había previsto. El multiculturalismo en Gran Bretaña ha consolidado comunidades musulmanas casi independientes y ha convertido el islam en una seña de identidad para contrarrestar la exclusión. Asimismo, la laicidad impuesta al estilo francés parece haber intensificado el apego de los musulmanes franceses a su identidad religiosa.

Unas tasas de desempleo desoladoramente elevadas entre los musulmanes europeos (tres veces mayores que la media nacional en la mayoría de los países) agravan su marginación social y su auto-segregación cultural. Las *banlieues* francesas y los guetos de inmigrantes de las ciudades británicas, aislados, hundidos en la miseria y presa de una rabia permanente, se han convertido en barriles de pólvora en los que los jóvenes musulmanes caen presa fácilmente de las prédicas religiosas radicales y del extremismo político.

Al menos 85 tribunales de sharía funcionan ahora en la sociedad musulmana paralela de Gran Bretaña, mientras que el número de mezquitas (1.689) es casi igual al de iglesias anglicanas que se han cerrado recientemente (1.700). Mohamed es el nombre más popular de los niños en Gran Bretaña. David Cameron decía que todo eso representa el fruto podrido del multiculturalismo.

Pero, no hay que caer en el pesimismo, y desde luego que no todo son malas noticias. Es verdad que el mayor entu-

siasmo por la reafirmación religiosa se dé entre los jóvenes inmigrantes de segunda generación. Sus padres, aún influidos por la vida bajo autocracias represivas de las que huyeron, suelen ser sumisos ante los poderes establecidos. Las generaciones más jóvenes se rebelan precisamente porque han hecho suyos los valores de libertad y elección ofrecidos por la democracia. En cierto modo, su rebelión es el sello característico de su condición de británicos o franceses.

El problema de las terceras generaciones siempre ha representado un intrigante dilema. Parece, por ejemplo, que las terceras generaciones son las que suelen rebelarse contra el modelo de las revoluciones que sus padres y abuelos habían establecido. Ahí está el caso de la Unión Soviética que no pudo resistir ese cambio generacional y colapsó 70 años después del heroico 1917. Esa rebelión contra el legado de los padres se ve en la Revolución Islámica en Irán tal y como se puso de manifiesto en las últimas manifestaciones violentas a través de la geografía iraní. Otro caso curioso es el de la revolución de lo Kibbutz en Israel. El Kibbutz fue posiblemente el modelo más apasionante de comunismo humanitario y humanista que la civilización haya jamás conocido. Cada uno trabaja según sus capacidades y recibe de acuerdo con sus necesidades. Comunismo con libertad, eso no se ha visto en ningún otro lugar. Bruno Bettelheim, en su libro sobre la infancia en los

Kibbutzim (*Children of the Dream*), describía un verdadero paraíso. Durante casi cien años del kibbutz salieron las élites más educadas y entregadas del país. Pero la tercera generación no pudo resistir la carga de la utopía y dio paso a la propiedad privada, al flirteo con el modo de vida capitalista, aunque siguen manteniéndose residuos del pasado (empresas de pertenencia a toda la comunidad y elementos notables de solidaridad social).

Es cierto que jóvenes musulmanes europeos se han trasladado a Oriente Medio para engrosar las filas del ISIS, y volvieron convertidos en radicales convencidos, soldados en una guerra contra un Occidente que, en su opinión, deshonor al Islam. Pero, aún así, volverse un fanático asesino es la opción personal de una mente patológica, no la tendencia de una generación. El rechazo social no ha convertido a jóvenes franceses y británicos musulmanes en autores de matanzas y la atracción de muchos por Al Qaeda y el ISIS no ha acabado con su deseo de integrarse en la sociedad en la que viven.

No se debe olvidar que la afluencia masiva de musulmanes a Europa en las dos últimas generaciones es la mayor coexistencia entre el Islam y la modernidad, y ha dado beneficios incalculables, como por ejemplo una clase media musulmana en aumento, la aparición de una *intelligentsia* de musulmanes y una mayor libertad para las mujeres musul-

manas. Las encuestas hechas en Francia, donde la tasa de matrimonios mixtos es la mayor de Europa, han mostrado que la mayoría de los musulmanes aceptan la laicidad, la igualdad entre los sexos y otros valores republicanos fundamentales.

Además, importantes segmentos de la comunidad musulmana están experimentando un ascenso desde el punto de vista socioeconómico. Un 30 por ciento, aproximadamente, de los nacidos antes de 1968 han llegado a ser ejecutivos medios o superiores. Más en general, el islam no ha substituido a otras señas de identidad como por ejemplo la clase o la posición económica.

También en Gran Bretaña los inmigrantes han ido cambiando las características étnicas de las clases medias y profesionales. Los pakistaníes británicos, cada vez más instruidos y afianzados financieramente, participan también activamente en la vida política, pues cuentan con más de doscientos representantes en los partidos políticos principales de los consejos municipales. En las últimas elecciones, el número de diputados británicos musulmanes en la Cámara de los Comunes se duplicó hasta dieciséis. La mujer musulmana más influyente en la política británica, la baronesa Sayeeda Warsi (hasta no hace mucho presidenta también del Partido Conservador), entró en la Cámara de los Lores junto con otros musulmanes, como por ejemplo Lord Ahmed, el

decano de los pares laboristas, y la baronesa Kishwer Falkner, demócrata liberal.

La historia de los musulmanes de Estados Unidos podría servir de medida para evaluar el dilema europeo. La fundamentalmente religiosa cultura estadounidense permite que los musulmanes conserven su identidad en mucho mayor grado, en comparación con lo que ocurre en la Europa laica. De hecho, los musulmanes pueden digerir con mayor facilidad los valores fundamentales de Estados Unidos –responsabilidad personal y patriotismo constitucional– en comparación con la forma de liberalismo más agresivamente laico de Europa.

A diferencia de lo que ocurre en las ciudades europeas, en Estados Unidos no existen barrios marginados de musulmanes; en gran medida estos se han integrado en la clase media. En una sociedad americana en la cual todos son extranjeros, todos pertenecen a una u otra minoría étnica o religiosa, los musulmanes forman parte legítima del crisol multiétnico americano. Y un elemento no menos importante: el sueño americano. Es ese sueño el que lleva al inmigrante americano a no esperar del estado casi nada y centrarse en su progreso individual a través del esfuerzo, el trabajo, la dedicación a un avance sostenible para él y para su familia.

Sí, y una última cosa: la constitución. El orgullo de ser un americano cuyos derechos están protegidos por la constitución. Recordaréis al padre del oficial americano-musulmán que había perdido la vida en el campo de batalla, y a Donald Trump despreciando su sacrificio durante la campaña electoral del 2016. El padre le respondió en la convención del Partido Demócrata con el librito de la constitución americana en la mano, y se dirigió al candidato Trump: “¿Ha leído usted la Constitución? Aquí están mis derechos y usted es quien no sabe nada sobre lo qué es la ética constituyente de esta nación”. Pues bien, aquí precisamente reside el fracaso de Europa, y no sólo en relación con los jóvenes musulmanes, sino también con todas las nuevas generaciones: el hecho de que no haya cuajado un sueño europeo colectivo que inspire y dé confianza, la falta de un patriotismo constitucional, a diferencia del patriotismo étnico y nacional, la ausencia de un objetivo común y un sentido compartido de dirección hacia unos horizontes definidos.

Todo esto sugiere que Europa debe mirar hacia adentro para hacer frente con eficacia al yihadismo que se gestó dentro de su propia casa. Europa tiene que dar vida a su propio “sueño europeo”, garantizando que todas las personas tengan acceso a las oportunidades reales para mejorar sus vidas. De lo contrario, se enfrentará a una generación perdida de millones de jóvenes europeos, ya sean musulmanes o no.

Es también interesante observar el profundo contexto histórico que explica la errática respuesta de Europa al reto de la inmigración. La esclarecida postura de Alemania en asuntos como la migración y las libertades civiles es un rechazo directo a sus acciones durante la Segunda Guerra Mundial. No se nos puede escapar esa ironía de la historia: que sea la necesidad de borrar la marca de Caín en la frente alemana por el Holocausto y de superar el trauma del asesinato de 6 millones de judíos lo que haya llevado a la Cancillera Merkel a abrir la puerta para la salvación de millones de musulmanes sirios. Sea cual sea la razón, Merkel salvó con eso la verdadera alma de Europa.

¿Y por qué el este de Europa se resiste a seguir el ejemplo establecido por Angela Merkel? A pesar de que, como señala el historiador de Yale Timothy Snyder, los colaboracionistas del este de Europa en las “tierras de sangre” (*Blood Lands* es el título de su libro) entre Berlín y Moscú muchas veces apoyaron los crímenes de los nazis, simplemente no comparten el complejo de culpa de Alemania.

Una de las razones es que los europeos del este no comparten la herencia del colonialismo. Por eso, ven al hijo bastardo del imperio (las migraciones) como un problema que deben resolver quienes lo engendraron: las viejas potencias coloniales europeas.

Que a Europa del Este le falte voluntad de aceptar a los migrantes también deriva en parte de la Segunda Guerra Mundial: el Holocausto primero, y las limpiezas étnicas de la posguerra después, en las que murieron más de treinta millones de personas (incluidos casi todos los alemanes de la región), reforzaron la aversión a la multiétnicidad. De hecho, Estados multinacionales como Checoslovaquia y Yugoslavia se desintegraron al desaparecer las dictaduras que los mantenían unidos.

La historia no se olvida fácilmente. Los polacos y otros pueblos que cayeron bajo el dominio soviético después de 1945 no pueden perdonar a Europa occidental que los sacrificara a Stalin en Yalta. Tampoco ven que su liberación del totalitarismo sea un logro de aquella. El Premio Nobel húngaro judío Imre Kertész hablaba por muchos en la región cuando admitió su incapacidad de quitarse el apego emocional a los Estados Unidos, país que lo liberó de Buchenwald y ayudó después a liberar a Hungría del comunismo soviético.

El resurgimiento del autoritarismo en Europa del Este se alimenta de un temor profundamente arraigado a quedar en medio de dos enemigos tradicionales (Alemania y Rusia) a los que todavía se ve con aprensión. Para el partido polaco Ley y Justicia, y para la derecha polaca, los orígenes de la nueva Polonia hay que buscarlos en el heroico combate de

los polacos contra los bolcheviques venidos de Asia y las hordas alemanas durante la Segunda Guerra Mundial.

Esto constituye un cambio radical respecto de los últimos años, cuando Polonia era el alumno modelo de la expansión de la UE hacia el este. Con Polonia a la cabeza de un eje de miembros rebeldes, la capacidad de la UE para proteger las libertades civiles dentro de sus fronteras (y ni hablar de influir en la conducta de otros países, como Rusia) quedará seriamente disminuida. Y dada la falta de instrumentos vinculantes para impedir la transición de estados miembros al autoritarismo, evitar que eso suceda no será fácil.

Como decía más arriba, el motor alemán de la Unión Europea seguirá siendo un pilar esencial del proyecto europeo. Ha sido por lo tanto decepcionante que, a diferencia de las elecciones en Francia en las que Macron ganó con un discurso profundamente europeísta, tanto la CDU como el SPD alemanes casi no hicieron campaña en las recientes elecciones en torno a Europa o los desafíos de la eurozona.

Y estos son retos muy significativos: el Brexit y la Europa post-Brexit, el declive de la democracia en el este de Europa, la crisis migratoria, la respuesta europea a la amenaza terrorista y a la retirada de Estados Unidos de sus compromisos con sus aliados en materia de seguridad y defensa, la

respuesta que hay que dar al revisionismo ruso y cómo convertir los actuales signos de recuperación económica europea en una realidad sostenible.

La respuesta a estos desafíos es la que decidirá el futuro de Europa; y sin una respuesta alemana clara no será posible atajarlos. Lo sorprendente fue que los partidos mayores en Alemania se desinteresaron de estos temas y los dejaron en manos de el AFD con su discurso anti-europeísta, que es precisamente el que les dio el 13% de los votos.

Para combatir al euroescepticismo y a la eurofobia, Europa tendrá que cometer reformas substantivas, y la única manera de hacerlo es a través de la unión de los europeístas en torno a un mensaje claro y contundente. El cambio radical que se está produciendo en los equilibrios estratégicos globales –un aislamiento mayor por parte de los Estados Unidos, un revisionismo violento por parte de Rusia, que ha convertido sus fronteras con la OTAN en una zona de rearme sin precedentes desde el fin de la Guerra Fría, una mayor penetración económica y estratégica por parte de China en la órbita occidental– requiere un cambio fundamental en la actitud europea en materia de defensa.

Francia, Reino Unido y Alemania –sí, Alemania– están destinados a ser el motor de la defensa colectiva de Europa. Un rearme alemán en pro de la defensa de Europa sería otra

ironía de la historia. Así juega Clio, la diosa de la historia, con los humanos. ¿Quién iba a decir que la defensa de Europa podría depender de Alemania? Recuerdo a un ministro de exteriores polaco que no hace mucho decía que nunca se podía imaginar que Polonia, el país que había sufrido tanto el exceso de dinamismo y militarismo alemán, le suplique hoy a Alemania que se involucre más, que vuelva a ser intervencionista. Estamos hablando de la misma Alemania a la que decía que la amaba tanto que prefería que hubieran dos Alemanias divididas y no una Alemania tan fuerte como cuando está unida. Para Francia, el euro fue la forma y el instrumento a través del cual se integraría Alemania a la UE. La alternativa sería una Alemania que va por libre, y eso Europa no se lo puede permitir.

Pues sí, Europa es un continente saturado de historia y acosado por el espectro de la repetición. Pero si, como supuestamente observó Mark Twain, la historia no se repite, pero sí que rima, el recuerdo del pasado debería guiar a Europa, no tenerla de rehén. El pasado es una advertencia, no un destino.